

¿Quién fue Severo Sarduy?

Walter Haubrich



Severo Sarduy

En cierta ocasión, un crítico europeo afirmó que Severo Sarduy había hecho de su patria, la isla de Cuba, una metáfora universal. Cierto, no era la metáfora del mundo que le habría gustado a Severo Sarduy; pues él era partidario de un ente colectivo en que la libertad del idioma y los conocimientos conseguidos merced a la independencia de la literatura abrieran vías para la verdad y el entendimiento. Durante un breve período de tiempo, durante los primeros años de la revolución, Cuba pareció poder convertirse algún día en ese mundo.

A comienzos de los años sesenta, cuando ya comenzaba a menguar la euforia inicial por la revolución cubana, Sarduy recibió una beca del Museo del Louvre y se desplazó a París. Unos años más tarde ya sabía que no podría regresar a la Cuba de Castro. Entretanto, había comenzado en Cuba el primer período de la represión cultural. La libre asociación lúdica de ideas

y lenguaje, la riqueza barroca de palabras y sonidos ya no tenían cabida en la estrecha concepción del arte y de la literatura impuesta en Cuba. Aparte de los motivos estéticos y políticos para oponerse a Castro, Sarduy tenía aún un motivo personal que le impedía volver a su país, al escenario de casi todas sus novelas: su tendencia homosexual, de la que se había percatado tardíamente.

Castro había comenzado ya a perseguir a los homosexuales, también entre los intelectuales y artistas. A algunos, al conocerse su homosexualidad, se les prohibió publicar; otros fueron confinados en campos de concentración. Unos cuantos escondieron sus inclinaciones sexuales, compensándolas con una mayor entrega política, y lograron alcanzar altas posiciones en la jerarquía de la dictadura. Uno de ellos accedió incluso al Parlamento de Castro.

En París, Sarduy se relacionó temprano con el grupo formado en torno a la revista *Tel Quel* y a los lingüistas estructuralistas. Roland Barthes apreciaba la riqueza de la imaginación lingüística del joven cubano. Su novela *Gestus*, publicada en 1963 en Barcelona, fue traducida al francés y, en 1968, también al alemán. Obtuvo muy buenas críticas, al igual que la novela *De dónde son los cantantes* (México, 1967). Su novela *Cobra* recibió en 1972 el Premio Médicis a la mejor novela extranjera.

Sarduy fue considerado pronto, junto a Cabrera Infante, el autor de *Tres tristes tigres*, el narrador cubano más significativo del exilio. Al igual que Cabrera Infante y, más tarde, Pereira (*Toilette*, 1993), Sarduy es un representante de la asociación lingüística en el ámbito de la literatura cubana contemporánea, en contraposición a escritores más realistas como Miguel Barnet, Jesús Díaz o Pablo Armando Fernández. Donde mejor se aprecia la concepción literaria de Sarduy es en su volumen de ensayos *Barroco*.

Sarduy admiró sobre todo a Góngora y Quevedo entre los grandes autores clásicos de su idioma, lo que no resultará sorprendente para ninguno de sus lectores. La noche tropical, repleta de fauna, y dominada por ella, la flora y las diferentes formas de la sexualidad, se convirtieron en centro de la mayor parte de sus novelas escritas en Europa. También el pensamiento budista, del que Sarduy se ocuparía posteriormente, se introdujo en sus obras. En su calidad de director de la colección *La Croix du Sud* de la editorial Gallimard, Sarduy hizo traducir al francés numerosas obras de los ámbitos lingüísticos portugués y español.

Sus últimos años los pasó predominantemente en su apartamento en un rascacielos del barrio parisino de Montparnasse, viajando únicamente en contadas ocasiones a Madrid, o Barcelona. Sólo unos pocos amigos sabían que estaba enfermo de SIDA. A una invitación para dar una conferencia en Madrid en julio del presente año, contestó que estaría de viaje. Su última obra lleva el significativo título de *Para que nadie sepa que tengo miedo*. El fallecimiento del escritor Severo Sarduy, nacido en 1937 en Camagüey, fue dado a conocer con unos días de retraso. Nadie debería saber que había muerto.